

Sermón del Reverendo Paul-Gordon Chandler, Obispo de Wyoming

Domingo Mundial de las Misiones / Último domingo después de Epifanía (Año A)

19 de febrero de 2023

Mateo 17:1-9

### El Mayor Éxodo

En este último domingo después de la Epifanía, conocido en nuestra Iglesia como Domingo Mundial de las Misiones, me encuentro en una de nuestras iglesias de la reserva de Wind River, aquí en Wyoming, que lleva el nombre de la Casa de Nuestro Padre. Es una iglesia histórica hecha de troncos, con hermosas obras de arte de la tribu Arapaho del Norte. La ventana que hay detrás del altar da a las impresionantes y majestuosas montañas Wind River, que son sagradas para nuestros hermanos y hermanas Arapaho del Norte y Shoshone del Este, quienes consideran estas montañas como un lugar al que se va para experimentar, incluso entrar, en una dimensión espiritual. Parece oportuno contemplar la lectura del Evangelio de hoy, a la que se suele hacer referencia como "La transfiguración en la montaña", rodeados de estas montañas sagradas que han sido lugares de transformación desde la antigüedad para los pueblos indígenas.

El relato de la transfiguración está revestido de un gran misterio. Desde luego, no encaja fácilmente en nuestras categorías racionales. A lo largo de los siglos, muchos artistas han intentado plasmar esta experiencia mística. La representación de un icono del célebre sacerdote-artista John Giuliani (fallecido en 2021) me ha parecido particularmente poderosa para comunicar la completa "otredad" de esta historia. Con su estilo característico, el padre Giuliani pinta a las tres figuras como Lakota en la montaña: Moisés, envuelto en piel de búfalo, con un tocado de plumas de jefe y portando un ala de águila en señal de autoridad. Elías, el profeta, portando una pipa de la paz. Y Jesús, transfigurado, con una manta de lana Pendleton y rodeado de luz celestial sagrada.

Estos extraños sucesos encierran verdades espirituales profundas que nos ayudan a reflexionar sobre la obra de Dios en nuestro mundo. Esta historia habría recordado inmediatamente al pueblo judío de aquella época su propia historia popular en la Biblia hebrea sobre el poderoso encuentro de Moisés con Dios en aquel sobrecogedor Monte Sinaí, que es la primera lectura de hoy. Jesús lleva a Pedro, Santiago y Juan a una "montaña elevada". No se nos dice a qué montaña, pero la tradición cristiana a lo largo de los siglos ha asumido que se trata del Monte Tabor, en la región de la baja Galilea.

Hace unos meses tuve el privilegio de guiar a un grupo de peregrinos de Wyoming a Tierra Santa y comenzamos la peregrinación a la cima del Monte Tabor, donde hoy se erige una hermosa iglesia



construida por los franciscanos, que a su vez está edificada sobre una iglesia bizantina del siglo IV. El monte Tabor ofrece una magnífica vista de Galilea. En lo alto del altar de la iglesia hay un impresionante mosaico sobre fondo dorado de la historia de la Transfiguración.

Al igual que para muchos de nuestros hermanos y hermanas nativos, en las culturas mediterránea y mesopotámica las montañas tenían un gran significado simbólico en el antiguo Oriente Medio. Representaban lugares donde se producía la *transformación*. De ahí que, en la actualidad, las cimas de las montañas sean a menudo emplazamientos de templos, altares, santuarios, iglesias y mezquitas. A lo largo de la Biblia hebrea, las montañas son lugares frecuentes de la revelación de Dios. Y, por supuesto, fue en el monte Sinaí donde Dios se reveló más plenamente a Moisés.

Vivimos diez años en Egipto sirviendo a la Iglesia Episcopal. Subir al monte Sinaí es una experiencia inolvidable. Lo que más llama la atención es que el monte Sinaí es un lugar espiritual para mucha gente. En la actualidad, peregrinos de todo el mundo y de todas las tradiciones religiosas, en especial cristianos, musulmanes y judíos, acuden al monasterio de Santa Catalina, del siglo VI, que se alza en la base del monte Sinaí, para pedir por una sanación o algún tipo de milagro. Luego suben a la montaña, primero en camello y luego a pie. Al llegar a la cima, lo primero que se ve es una pequeña capilla y una mezquita. Es, sin duda, un lugar sagrado. Al contemplar el vasto desierto del Sinaí, rojo, árido y montañoso, hasta donde alcanza la vista, uno no puede evitar tener la sensación de vislumbrar otra dimensión espiritual más profunda.

Se nos dice que en la montaña Jesús fue "transfigurado", no "el se transfiguró", sino que "¡se transfiguró!". Lo que se entiende es que esto fue obra de Dios. La palabra "transfigurado" proviene del griego y está relacionada con la palabra "metamorfosis", que significa "transformación radical".

Otra manera de ver esto es como una "restauración total" de la forma en que se supone que deben ser las cosas. En otras palabras, un mundo que se transfigura. Era una breve imagen de cómo Dios imagina que puede ser todo, donde todo en el mundo es transformado y arreglado. Cuando vemos el dolor, la pérdida, las dificultades y el sufrimiento en el mundo, tanto colectiva como individualmente, sabemos que algo está terriblemente mal. Basta con ver el sufrimiento continuo de los ucranianos, por no hablar de lo que nosotros mismos experimentamos, para saber que no estaba destinado a ser así.

Este relato del Evangelio nos permite avizorar el momento en que todo se renueva y vuelve a ser como nuestro Creador quería que fuese en un principio. Es como si el telón se corriera por un momento. A pesar de todas las diferencias entre las diversas tradiciones espirituales, coinciden grandemente en que una parte importante de las cosas de este mundo no son como fueron creadas. En otras palabras, fuimos creados a imagen y semejanza de nuestro Creador, pero algo se torció. En el fondo, sabemos que fuimos creados para algo más, algo diferente.

Una de las razones por las que tantos artistas se han sentido atraídos a retratar este incidente místico es que está lleno de imágenes visuales, de simbolismo sobre cuál es el deseo y la intención de Dios para nosotros, para cada uno y para nuestro mundo.

La *nube* nos recuerda la presencia directa de Dios con nosotros. Fue en una nube donde Moisés se encontró con Dios en el monte Sinaí, y recordamos que una "columna de nube" siguió al pueblo hebreo en el desierto del Sinaí, asegurándole la presencia de Dios. La historia nos ilustra de manera visual que no hay nada como estar plenamente en presencia de nuestro Creador. Y luego está la *deslumbrante blancura* de las vestiduras de Jesús. Nos recuerda el deseo de Dios de hacer todas las cosas bellas y completas. Que Dios puede arreglar todas las cosas, restaurándolas incluso más allá de su belleza original. Y también está la *presencia mística de Moisés y Elías*. En el pensamiento judío, Moisés representaba la Ley de Dios y Elías representaba al más grande de los profetas que les comunicó el deseo de Dios. En esencia, juntos representaban para el pueblo judío un compendio de su propio viaje espiritual con Dios. Toda esta experiencia en la montaña nos recuerda que, en cada uno de nuestros propios viajes espirituales, nuestra hambre espiritual puede ser satisfecha a plenitud. Algunos de nosotros nos despertamos en medio de la noche, anhelando experimentar una mayor intimidad con nuestro Creador, deseando un toque fresco de Dios, deseando oír más claramente la voz de nuestro Hacedor.

Además, y lo que es más importante, la *voz de Dios* en esta experiencia mística profirió palabras que nos demuestran a todos cómo nuestro hermoso Creador nos ve realmente a cada uno de nosotros. Dios les dice en la montaña: "Este es mi Hijo, a quien amo". *Este es MI hijo, a quien amo*. Nos recuerda cómo Dios nos ve como creación suya. Es un atisbo de ser arrastrado por y en el amor de Dios, de ser plena y completamente aceptado por Dios - tanto que Jesús en todo su ser acaba aquí transformado. Es una muestra mística de la belleza con que Dios nos ve y de lo que Dios desea que todos experimentemos.

Y a los tres discípulos que estaban con Jesús -Pedro, Santiago y Juan- esto les pareció la experiencia más profunda que se pueda imaginar. Pedro quedó tan cautivado por la belleza de todo aquello que quiso permanecer en esa dimensión a partir de entonces. Su respuesta inmediata fue decir, en la versión de las Primeras Naciones del Evangelio de Mateo: "*Guardian de la sabiduría, este es un buen lugar para quedarse... Levantaré tres tipis: uno para ti, otro para 'El Sacado del Agua' (Moisés) y otro para 'El Gran Espíritu es Creador' (Elías)*". Quería que este momento sagrado durara lo más posible; vivir permanentemente en este estado del ser, en lugar de volver a los retos y dificultades de la vida cotidiana.

Sin embargo, en el relato se nos presenta una gran paradoja. Se nos dice que "cuando miraron hacia arriba, no vieron a nadie, excepto a Jesús solo". Y luego dice: "Mientras bajaban de la montaña. . .". Por mucho que desearan que continuara aquella extraordinaria experiencia espiritual, en la que todo se restaura y se recompone, Jesús los condujo de nuevo cuesta abajo. Porque es en lo cotidiano, en las llanuras, en los desiertos y en los valles, donde se entra más plena y profundamente en el llamado de Dios a cada uno de nosotros.

Todo esto suscita una pregunta más profunda: "¿Qué experimentaron realmente Pedro, Santiago y Juan que pudo transformar tan plenamente su existencia y la nuestra?". Afortunadamente, el evangelista Lucas, en su relato de este episodio místico, nos dice que Jesús les había estado hablando de "su éxodo". La palabra "éxodo", por supuesto, es una palabra que todos los primeros oyentes de esta historia habrían entendido de inmediato. Tanto el uso de la palabra "éxodo" como la aparición mística de Moisés en todo esto, les habría recordado su propia historia antigua de ser sacados del cautiverio en Egipto, a través del

Mar Rojo, y finalmente a la Tierra Prometida. Es a lo que se referían como el "Éxodo". Incluso la nube brillante que los cubría en la montaña es un recordatorio de la "columna de nube" en la historia del Éxodo que condujo al pueblo hebreo fuera del desierto del Sinaí, representando la liberación única de Dios. Así pues, el tema predominante aquí es el del Éxodo, o como diríamos hoy, el de la *libertad*.

Y esto es precisamente de lo que trataban la vida y las enseñanzas de Jesús: liberar a las personas de la manera más profunda, para que se conviertan en algo nuevo. Jesús apuntaba al "Gran Éxodo": salir de las garras oscuras o dañinas que a menudo existen en nuestras vidas y en nuestro mundo, hacia el hermoso deseo original de Dios para nosotros. El corazón del mensaje de Jesús era: "Si el Hijo los hace libres, serán verdaderamente libres" y "Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia". Cuanto más mayor me hago y más experimento la vida, más me doy cuenta de que la vida con nuestro Creador se relaciona con cada parte de nosotros: espiritual, emocional, psicológica y físicamente. ¿Cuántas veces soñamos con lo que sería ser realmente verdaderamente libres, poder escapar o deshacernos de cualquier carga, oscuridad, desafío, miedo o preocupación que a menudo forma parte de nuestras vidas? Gracias a Dios, de vez en cuando, muchos de nosotros hemos tenido atisbos de esa libertad; hemos saboreado lo que significa poder saltar fuera de todo lo que nos retiene o nos pesa.

Nuestra lectura del Evangelio de hoy nos recuerda que el camino de la fe con Cristo es un camino hacia una libertad cada vez mayor, pues Dios nos ama demasiado para dejarnos como estamos. No hay transfiguración más profunda ni mensaje más transformador para nosotros. Y no sólo para nosotros, sino para todos aquellos con quienes nos encontramos. Como dijo aquel maravilloso escritor inglés del siglo XX, C.S. Lewis: "Si se lo permitimos [a Dios], [Dios] convertirá a los más débiles... de nosotros en criaturas inmortales deslumbrantes y radiantes, palpitando por todas partes con tal energía y alegría y sabiduría y amor como ahora no podemos imaginar..."

Al fin y al cabo, la palabra "misión" significa simplemente transformación. Que independientemente de cualquier cosa en la vida, nosotros y todo el mundo tenemos garantizada la presencia de Dios y la libertad transformadora - de poder ser transfigurados en lo que Dios tan bellamente pretende para nosotros. Creo que esta es la razón por la que a la historia de la Transfiguración le sigue inmediatamente, en los tres Evangelios sinópticos, la historia de un joven desesperadamente enfermo que es sanado completamente por Jesús.

Para terminar, recuerdo a otro muchacho de Oriente Medio que experimentó la transformación de Cristo, aunque de un modo diferente. En las afueras de la ciudad de El Cairo, Egipto, donde vivíamos, al borde de una alta montaña de piedra caliza, hay un gran barrio marginal donde viven muchos miles de recolectores de basura cristianos coptos. Es una zona indescritiblemente sucia, con cerdos paseándose por todas partes, el olor casi insoportable en el calor del desierto. Hace años, un joven empresario egipcio, Samaan Ibrahim, mientras estudiaba la vida de Cristo, se sintió motivado a trasladarse a este lugar abandonado para servir a su pueblo. Hoy es sacerdote copto ortodoxo, con más de 40 años de ministerio allí, y los recolectores de basura y sus familias celebran la adoración en enormes cuevas excavadas en la colina de piedra caliza. Sorprendentemente, todos los jueves por la noche se reúnen hasta 13,000 personas en un anfiteatro excavado en la roca.

Uno de esos fieles era el hijo de un joven recolector de basura llamado Yusuf. Hace unos años, en una obra de construcción cercana de El Cairo, un ejecutivo estadounidense de una importante empresa constructora perdió su reloj Rolex de oro. Poco después, el joven Yusuf, que en aquel momento era aprendiz de su padre para recolectar la basura de mejor manera, encontró ese reloj de oro. Ese reloj valía más dinero del que Yusuf ganaría en toda su vida. Sin embargo, debido a que se había convertido en seguidor de Cristo a través de aquel notable ministerio en su barrio de marginal, su primera inclinación fue buscar al dueño del reloj para devolvérselo. Evidentemente, fue una decisión difícil y muy diferente a la que hubiera tomado antes de seguir el camino de Cristo.

Yusuf tardó varios meses en descubrir al verdadero propietario del reloj Rolex. Se enteró de que vivía en un edificio de apartamentos de lujo de El Cairo. Como pobre recolector de basura, vestido con una túnica sucia conocida como *galabeya*, nunca le habrían dejado entrar en este hermoso edificio de apartamentos a través del vestíbulo; habría estado totalmente fuera de lugar. Así que Yusuf se las ingenió para entrar por una puerta trasera que se utilizaba para recoger la basura, subió las escaleras hasta el piso donde se alojaba el americano y llamó a su puerta. El americano abrió la puerta, algo sorprendido de ver a alguien en el pasillo vestido tan desaliñadamente como Yusuf.

"¿Perdiste algo?" pronunció nervioso Yusuf en su mínimo inglés. Habían pasado unos meses, así que la pérdida del reloj nunca se le vino a la mente a su dueño. "¿Este reloj?" preguntó Yusuf mientras sacaba el reloj del bolsillo de su túnica. Al ver el reloj, el americano, atónito, invitó a Yusuf a pasar. Y le preguntó: "Dime, ¿por qué no lo vendiste?". Yusuf respondió: "Jesús nos enseñó a no robar. No es mío. Debo ser honesto". El estadounidense le preguntó: "¿Eres cristiano?", habiendo supuesto inicialmente que era musulmán, como la mayoría de los egipcios. "Sí", respondió Yusuf.

Sorprendentemente, ese estadounidense, que antes se describía a sí mismo como agnóstico, aunque había crecido en un hogar cristiano, renovó su fe y se convirtió en seguidor de Cristo debido al ejemplo del joven Yusuf, quien sencillamente había sido transformado por las enseñanzas de Jesús. Y escribió en su diario: "Volví a Cristo gracias a un pobre recolector de basura egipcio de El Cairo que realmente seguía a Jesús". Ese hombre es uno de los que ayudó a proporcionar la financiación necesaria para que esa enorme iglesia rupestre se construyera en la ladera. Se cerró el círculo.

En eso consiste la "misión". Esta historia mística de la Transfiguración nos recuerda que, en y a través de esta persona a la que llamamos Cristo, el poder liberador del amor de Dios puede transformar nuestras vidas en el esplendor, la plenitud, la alegría y la libertad que originalmente estaban destinadas a nosotros, y no sólo a nosotros, sino a todo el mundo. *Amén.*